

# PARA COMPRENDER EL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD HOY: SITUARSE EN LA LARGA TRANSICIÓN POSCONCILIAR DEL MODELO DE VIDA RELIGIOSA (I PARTE)

P. Luis Fernando  
Falcó Pliego, MSpS\*

## Resumen:

Se pretende exponer y comprender la larga transición, iniciada después del Vaticano II en la que sigue inmersa la Vida Religiosa en la mayoría de los institutos; para desde allí bosquejar las complejidades implicadas en un nuevo modelo de liderazgo y acompañamiento comunitario en tiempos de *individualización* creciente, dato fundamental para comprender a los escasos miembros actuales de los institutos religiosos. Este texto deriva de la tesis presentada para obtener el Doctorado en Sociología en la UNAM, México, 2017. Trata de cómo ha cambiado la vida de congregaciones religiosas masculinas en México, después de 1985, desde la perspectiva sociológica. Toma en cuenta las dinámicas que se viven en las comunidades, sin querer atenuarla, sino dando cuenta de los fenómenos socio históricos y de gestión a los que nos hemos expuesto en las últimas décadas; en un lenguaje no siempre religioso aunque lo supone. Al final del texto, se propone alguna cuestión para compartir entre hermanas/os. El texto tiene una cierta intensidad crítica, que no significa desvalorar nuestra vida sino mirar sus desafíos con honestidad.

---

\*Misionero del Espíritu Santo, mexicano. Actualmente coordinador de Cruces, iniciativa de los Misioneros del Espíritu Santo para la capacitación, asesoría y consultoría a procesos institucionales de Iglesia en América Latina. Contacto en [falcomsps@hotmail.com](mailto:falcomsps@hotmail.com); y en [www.proyectocruces.com](http://www.proyectocruces.com)

Palabras clave: organizaciones, transición, individualización, nuevo modelo de liderazgo

En unos párrafos lúcidos y tajantes hasta el dramatismo, escritos hace ya años, por la pensadora y teóloga norteamericana Joan Chittister, religiosa atenta al decurso de la Vida Religiosa contemporánea:

La Vida Religiosa lleva mucho tiempo en una encrucijada. Muchos de los religiosos de hoy llevan casi toda su vida en esa situación. Ha sido una época apasionante, pero también difícil. No ha sido, sencillamente, un tiempo de reajuste. Los períodos de reajuste son parte normal de la vida. La incertidumbre que agita, en todas partes, a congregaciones y comunidades se debe a las diversas opiniones sobre lo que exactamente necesita reajustarse. Algunos quieren que las cosas sigan “tan buenas” como les parecían antes del Vaticano II: quieren ministerios prósperos y estables, la aprobación de la gente, un puesto cómodo en la Iglesia y privilegios en la sociedad. Otros, en cambio, quieren que la Vida Religiosa sea totalmente diferente de lo que fue: quieren libertad, independencia, autonomía y ministerio profesional sin costos ni presiones. Algunos grupos han intentado mantener a la

vida religiosa preconciliar repitiendo lo antiguo y haciéndolo mejor. Algunos de estos grupos existen todavía y son eficaces, pero su modelo no se ha impuesto. Otros grupos han realizado una tarea de renovación imponente. Todo lo anterior a 1962, ha sido desempolvado, pintado y vendido como si fuera nuevo. Bajo la cáscara de lo viejo, emergieron horarios, estilos de vida, ministerios nuevos. Los ministerios tradicionales, las antiguas formas de rezar y las situaciones comunitarias fueron sometidos a cambios cosméticos. A pesar de las nuevas formas de vestir y de las nuevas actividades, en el fondo, poco o nada ha cambiado realmente. Ni el cambio de lugar, ni la reconstrucción del pasado, ni un mero sacarle brillo, son respuesta en la situación presente. La historia nos avisa de las consecuencias de ambas opciones<sup>1</sup>.

No es sólo la voz de teólogas muy críticas como Chittister. Muchas/os religiosas/os, sobre todo, los mayores y de mediana edad, pero también un número de jóvenes, se encuentran en una suerte de perplejidad sobre lo que pasa en sus institutos. Algún religioso ya mayor decía mirando la Vida Religiosa que le toca vivir hoy de

<sup>1</sup> Chittister, Joan. “La caída del Templo. Una llamada a formación”, *Vida religiosa* 93 (2002) 12-20.

cara a lo que se vivía cuando él era joven:

Aquí está la impresión de lo que algunos dicen: ‘bueno..., pues esto es totalmente distinto de aquello a lo que yo ingresé, a lo que yo me comprometí’... Entonces, hay una cierta crisis de identidad en la misma congregación. En un tiempo sí se manifestaba mucho lo que decían: ‘es que esto es lo esencial y lo esencial...’ pero, viéndolo bien, no había tal identidad.

Dolorosamente ese hombre ya añoso llega a preguntarse, si con los virajes que le ha correspondido vivir se pone en cuestión el sentido de su entrega cuando añade:

...bueno, la congregación, si tu comparas y te vas un poquito hacia lo radical, te dices, ¿realmente la congregación con la que yo me comprometí es esta; inclusive a la que le entregué toda mi vida? De las satisfacciones que yo tengo personalmente, es que nunca me reservé nada. De lo que pude yo aportar a la congregación, me sentía totalmente identificado y, en un momento dado empecé a sentir, bueno y ¿pues todo esto fue inútil; entonces, no es la congregación a la que yo me entregué?

Quizás el testimonio tiene rasgos de dramatismo, pero es pertinente presentarlo junto con la reflexión de Chittister porque muchas religiosas/os, sienten, probablemente en otros términos y con distintos tonos, una perplejidad parecida respecto a su pertenencia religiosa. ¿Qué le ha pasado a nuestro instituto? ¿Dónde ha quedado la fuerza que parecía habitarlo cuando yo ingresé, sea que esto haya ocurrido hace 50 o hace 10 años? ¿Qué les pasa a nuestros formados tan bien avenidos y entusiastas en el principio vocacional, que se van desgastando a ritmo veloz y algunos parecen convertirse en sujetos cansados, difíciles para el compromiso, centrados cada vez más en sus propios intereses? ¿Por qué estas tendencias al acomodo no solo las exhiben los recién ingresados (lo que tendría cierta explicación cultural) sino aun los ya mayores formados en otro modelo? ¿Qué tendencia afecta a la Vida Religiosa que parece debilitarnos en tantos flancos? Para acercarnos, conviene abrir la mirada hacia un conjunto de factores que afectan hoy, y desde hace ya cinco décadas, a los institutos de Vida Consagrada en las maneras de comprender este particular esti-

lo de vida y llevarlo a la práctica. Primero una rápida mirada al conjunto de factores en la larga etapa posconciliar.

### La larga transición posconciliar de la Vida Religiosa

Las congregaciones religiosas, en el marco teológico y normativo previo al Concilio Vaticano II (hasta 1965), estaban cohesionadas casi monolíticamente, porque la homogeneidad entre individuos, relaciones y tareas se inducía desde adentro. Buena parte de los miembros de las congregaciones compartían ciertos rasgos clave: ingresaban desde la temprana adolescencia, casi todos venían de familias católicas, más o menos numerosas e integradas en un solo modo de vida. Con frecuencia las/os religiosas/os provenían de clases medias y de entornos todavía dominados por la hegemonía religiosa, quizás, la mayoría provenían de la escuela católica y por tanto, formaban parte de la feligresía básicamente favorable a la Iglesia.

Una vez que las “vocaciones” ingresaban a las casas de formación la vida quedaba tempranamente troquelada por un estricto modelo de normas y acciones que

tenía cierta continuidad en las demás etapas de formación y aun después en las comunidades. Porque más allá de los apostolados que se realizaba a ciertas horas de trabajo, aún en lo parroquial, después la vida era casi la misma en las casas locales que en las de formación. Además, se daba escaso contacto con la cultura exterior a la comunidad. La vivencia estaba restringida a lo de la comunidad y a los modos propios de la congregación. Como decía aquel religioso ya citado:

La vida ya desde el Seminario menor... como que había muy poco cambio en las diversas etapas de la congregación, porque todas eran como una misma línea; por ejemplo, ya desde el Menor, pues la vida era muy exigente, muy de comunidad, porque yo me acuerdo que, si te llegaba algo de tu familia, que te mandaban unas cosas de comer o lo que fuera, pues inmediatamente pasaba a ser de dominio común.

Cuando llegabas tú al noviciado, no extrañabas gran cosa porque, sí, las cosas eran más exigentes pero en la misma línea. Entonces, te digo, todo eso fue como la primera etapa de mi experiencia en la Vida Religiosa... La sorpresa vino luego, bueno, hasta el Conci-

lio... Antes, te digo, esa primera etapa como que estuvo muy definida, con las dificultades que supone, pero muy clara. Fue una etapa en que las cosas se veían muy claras.

Detrás de esta afirmación está un hecho sociocultural denso: sociedad, Iglesia católica y Vida Religiosa coincidían básicamente, aunque el estado se opusiera a la Iglesia como ocurrió durante varias décadas en México. Pero más allá, la sociedad apoyaba las pretensiones de *distinción, separación y totalidad* de la Vida Religiosa y eso fortalecía la cohesión interna.

A partir de 1965, la Iglesia católica en conjunto y particularmente la Vida Religiosa vivió un profundo proceso de ruptura de la institucionalización que le dio sentido y propósito hasta antes del Concilio Vaticano II. El inmovilismo, la estabilidad y el crecimiento vertiginoso documentados por los historiadores de la Vida Religiosa, desde finales del XIX, estalló después del Concilio<sup>2</sup>. Los pilares de su solidez se vieron trastocados. Hasta entonces, los incentivos para cumplir regulacio-

nes, tan rígidamente establecidas por el Derecho Canónico de 1917, daban pocas posibilidades a que las congregaciones tomaran caminos de actualización diferentes a los procedimientos establecidos para aprobación de las reglas de los institutos.

Después del Concilio cada congregación se embarcó en sus propios procesos de actualización de sus Constituciones con muy diversos recursos. El pilar de las normas, hecho de valores y modos de vivir canonizados y sostenidas por la diferencia constitutiva adjudicada por la tradición a la Vida Religiosa como “estado de perfección” y la “superioridad objetiva” de su estado de vida, se puso seriamente en cuestión, perdió valor y dio lugar a un movimiento radical en sentido contrario: el acercamiento a la vida de los contemporáneos y a valorar el estatus de los laicos.

Algunos religiosos salieron en estampida de sus grandes conventos y de sus propiedades inmensas hacia las barriadas y los laicos entraron a las zonas de clausura de las casas religiosas. Las prácticas y sus justificaciones religiosas que todos daban por supuestas y que solían imponerse por tradi-

<sup>2</sup> Hostie, Raymond. (1973) *Vida y muerte de las órdenes religiosas*, DDB, Nueva biblioteca de teología.

ción -costumbres antiguas como los hábitos, viejas rutinas jerárquicas, formas de proceder canonicizadas, modo de vida ajustado a horarios- entraron en conflicto con nuevas aspiraciones que ya iban emergiendo, pero contenidas por el modelo anterior: la realización individual y la posibilidad de seguir trayectorias individualizadas. La reacción de la primera etapa posconciliar (1965-1978) estuvo matizada por las experiencias, los ensayos, la elaboración de nuevos códigos de los mismos institutos y el incesante abandono de religiosos; fue el momento en el que ningún instituto se libró de la exuberancia de las experiencias, unas proféticas y lúcidas y otras caóticas y pronto destinadas al fracaso.

Del Vaticano II derivó en la exigencia inmediata, venida de Roma, de que las congregaciones adaptaran la normativa de los institutos a las orientaciones conciliares como primera tarea. Eso no cambió las tensiones dentro de las Provincias en las que se experimentaba incertidumbre. El teólogo Fernando Sebastián, recién fallecido, agudo observador de la Vida Religiosa, esbozaba ese contundente panorama apenas en el año 1970:

El momento crítico de esta fase oficial de renovación ha pasado ya en la mayoría de los institutos, pero el horizonte no se aclara. Los síntomas fundamentales del malestar continúan. Las tensiones internas no han cesado. Las vocaciones siguen disminuyendo. Los índices de perseverancia empeoran. Los responsables del gobierno comprueban cada día el hecho gravísimo de la insuficiente identificación de muchos religiosos con sus instituciones, los puntos de vista particulares se mantienen por encima de los criterios colectivos y oficiales”<sup>3</sup>.

Para decirlo con cierta crudeza: como si la adecuación de normas, regulaciones y rutinas logradas en el fatigoso esfuerzo posconciliar hubiera incentivado, como consecuencia no deseada, el divorcio en estas organizaciones entre el decir y el hacer. También, las normas se actualizaron definitivamente y las prácticas quedaron algo atrás.

Un religioso, joven de entonces, hablando de la época posconciliar para su instituto expresa así: “Resumiendo, el despertar de la criticidad, las inquietudes que provocó el Concilio en mi genera-

<sup>3</sup> Sebastián, Fernando (1970) *Secularización y Vida Religiosa*, PPC, Madrid



ción y el salir del enclaustramiento bibliotecario de mis estudios, me condujeron a un estado de confusión”. Palabras semejantes a la que refiere otro testigo de aquellas horas: “Una de las cuestiones para mí, muy bellas del Vaticano II, es que nos abrió la puerta, pero lógicamente con este abrir la puerta... tenías que defenderte por ti mismo en el contacto con el mundo”.

Se enfatizan en estos párrafos dos lógicas (1) el tan urgido ensanchamiento de perspectivas que anhelaban los religiosos y (2) la desorientación de los individuos frente a una congregación que casi de repente deja de ser capaz de contener tantas conductas emergentes. Los soportes del individuo se diluían, y se imponía para muchos la desorientación. Se afirma que “cada quien tenía que identificarse”. Como si fuera la primera vez que ingresaban o como si volvieran a empezar. Se entiende que muchos no pudieron rehacer el proceso de identificación por edad o por mentalidad; o que un cierto número permanecieran en la perplejidad como algo no superado.

En efecto, una de las consecuencias que se ciñeron sobre la

vida de los institutos en el posconcilio y en una etapa crecientemente secular fue la irrupción de formas de individualización típicamente modernas, que habían sido contenidas por las prácticas internas y el distanciamiento que se alcanzaba a mantener de las formas sociales emergentes. Además, fue importante para la irrupción tan generalizada de esas formas de individualismo hoy tan avasalladoras, la incorporación de la psicología en los procesos formativos y los elementos de *management* en la conducción institucional. Por supuesto atendiendo a diferencias según congregaciones y contextos, la *individualización* en ascenso en sociedades industrializadas no ha dejado de impactar como una gran ola a los institutos. Al decir *individualización* no solo se alude a modos específicos de relación “individualista”, sino a una comprensión estructural que paulatinamente se impone: “encontrar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas”<sup>4</sup>.

El teólogo Aquilino Bocos va a lo profundo de este proceso de

<sup>4</sup> Beck, Ulrich y Elizabeth Beck-Gernsheim, (2003) *La individualización*, Paidós, España

cambio que ha afectado a la Vida Religiosa.

Las revoluciones de la sexualidad, de la economía y del individualismo han sacudido con fuerza y solo quien se ha enfrentado con ellas desde la comprensión y fidelidad a los votos religiosos ha podido dar la respuesta adecuada. No han sido revoluciones separables, sino que han zarandeado lo más profundo de la persona, pues la han llevado al sinsentido de casi todo. Una manera de huir de la complejidad es cerrar los ojos ante esta convulsión cultural... Ha surgido el despedro de las instituciones y el retraimiento ante los compromisos más arriesgados<sup>5</sup>.

Cuando Bocos habla de “la convulsión cultural: sexualidad, economía, individualismo” a lo que se refiere es a una profunda revolución en la cultura moderna que se evidenció con intensidad a partir de los años 60, concomitantemente al movimiento aperturista de la Iglesia Católica en el Concilio y que trastoca el orden social. Eso es la *individualización*. Se trata de un dato estructural que afectó progresivamente a Occidente después de la Segunda

Guerra: los individuos se hallan progresivamente desanclados de las instituciones que la misma Modernidad gestó a costa de la religión: se debilita el Estado nación, lo mismo que la trayectoria laboral y el vínculo familiar. Además de los grandes avances que marcan la segunda parte del siglo XX: la separación entre sexualidad y natalidad por los anticonceptivos, reivindicando el placer al margen de la reproducción; la globalización, el flujo de las comunicaciones, el capital, y la incertidumbre laboral, sobre la que otrora se construían biografías completas y con sentido, a través de la individualización de la biografía:

La biografía se desliga de los modelos y seguridades tradicionales, de los controles ajenos y de las leyes morales generales. Abiertamente y como tarea es adjudicada a la acción y a la decisión de cada individuo. La proporción de posibilidades de vida por principio inaccesibles a las decisiones disminuye, y las partes de la biografía abiertas a la decisión y a la autoconstrucción aumentan. La biografía normal se convierte en biografía elegida<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Bocos Merino, Aquilino. (2011) *Un relato del Espíritu, la vida consagrada posconciliar*. Publicaciones Claretianas, España, 178 - 179.

<sup>6</sup> Beck, Ulrich y Elizabeth Beck-Gernsheim, (1998), *El normal caos del amor*, El Roure, Barcelona.



Es una convulsión que incluye la dificultad experimentada desde las entidades micro, como los establecimientos laborales, las familias, las localidades y también las comunidades de creencia, como los institutos: son instituciones que ya no pueden controlar su propio futuro sino que dependen de un conglomerado de fuerzas difíciles siquiera de nombrar o entender.

A este cambio cultural que continuamente se supera a sí mismo se vio expuesta frontalmente la tradición largamente cuidada de

las comunidades de Vida Religiosa, permeando las estructuras en otro tiempo muy poco permeables. Parecería que el impacto cultural no ha tenido los cauces requeridos para procesarse dadas las múltiples vertientes del desafío en las instituciones en general y en la Vida Consagrada. Como si cada individuo y cada núcleo se abocara a resolver la complejidad en modos imprevisibles, como en una suerte de protección y urgencia al mismo tiempo frente al entorno escasamente reflexionada, pero siempre operante.